

Entrada



La Pájara Pinta
N° 57



y

Con este número, los que hacemos **La Pájara Pinta** queremos recordar al Che Guevara. Creemos conveniente aclarar que los homenajes no nos gustan (ni hacerlos ni que nos los hagan). A un hombre como el Che Guevara no es con homenajes más o menos honestos como se le debe responder; esto lo afirmamos porque hay una cantidad considerable de “revolucionarios” y revolucionarios que se escudan en actitos académicos o veladas escolares que sirven para hostigar —nada más— a los siempre enemigos de las transformaciones socio-políticas de los pueblos. Estamos convencidos que están bien esos actos de homenaje, pero no bastan y no nos debemos permitir quedar en ellos. Esta es, pues, la razón por la que nosotros venimos a dejar un testimonio nada servil al Che.

Llegamos a él en un puro desenfado: somos enemigos de las canonizaciones; por naturaleza, por honestidad creadora creemos que no es con poemitas, con gritos liricones como los que publican algunas revistas más o menos “serias” y serias, como se responde a Ernesto Guevara. La verdadera respuesta al pensamiento, a la memoria, a la acción del Che, es desmitificándolo... así como buscar nuestro camino a la revolución, el que debemos encontrar, luchar porque el seguidismo, la dependencia ideológica se termine. Porque nosotros no somos de aquellos que hacen viajes a los nuevos templos místicos o que guardan estampas de los nuevos santos; si combatimos a los que van a los santuarios que por tradición visita la grey religiosa, no debemos permitir que a los revolucionarios los canonicen, ya sea por negligencia revolucionaria, por ingenuidad o por conveniencia. Debemos estar alertas ante esta situación que en nada favorece a los pueblos. Y si lo estamos, la burocracia no nos ganará. El mismo Lenin —canonizado por muchos— escribió sobre estos aspectos de la vida de los revolucionarios unos conceptos que se vuelven contra su mito y quienes lo mistifica y mitifican: “Se intenta convertirlos en iconos inofensivos, canonizarlos, por decirlo así, rodear sus nombres de una cierta aureola de gloria para “consolar” y engañar a las clases oprimidas, castrando el contenido de su doctrina revolucionaria, mellando su filo revolucionario, envileciéndola”. Y este puede ser el destino de Lenin como el del Che si nosotros los jóvenes no nos ponemos alertas, lúcidos con las condiciones revolucionarias. Siempre debemos poner en tela de juicio los actos que hacemos y hacen los demás, de esa manera pondremos al descubierto las maniobras de los falsarios y las rémoras.

“En vida de los grandes revolucionarios —escribió Lenin— las clases opresoras, les someten a constantes persecuciones, acogen a sus doctrinas con la rabia más salvaje, con el odio más furioso, con la campaña más desenfrenada de mentiras y calumnias”, pero después de muertos los timoratos y los no timoratos, los sacralizan y les hacen sus fiestas de homenaje y de eso se aprovechan los oportunistas. Como se ve, no sólo las clases opresoras hacen su agosto.

Nos ponemos, pues, en tela de juicio y que alguien lance el primer fusil a nuestras manos, pero está claro que nuestras armas son las palabras y con ellas combatimos: otra manera de lucha guerrillera.

¡Desacralización es la actividad!
¡Desmitificar es el camino!
¡El desenfado nos asiste!

Salida del



Con el Che Guevara en la calle

Al fin te doy por muerto.

Para mi está muy mal, los otros
los que parten de tí y no son parte ni arte de nada
y te cantan y te ponen de ejemplo y te dedican ediciones de revistas,
se justifican.

Son tan culpables como yo y tú, los lúcidos siempre somos culpables.
No todos los culpables son lúcidos. (ni todos los lúcidos somos egoístas).
es decir, audaces en nuestras posiciones...

Unos vamos a Cuba y gritamos en Cuba.
Otros vamos a Cuba y no volvemos.
Los demás van a Cuba y está bien.

Nadie va a las guerrillas y ¡Cuántos guerrilleros!...
Bien sabés, Che Guevara, cuando estamos en guerra nadie se salva ¡ni la paz!
La guerrilla es distinta —dicen los caballeros de guerrillas—
y dan guerra y guerreamos y en casa están muy bien.

¡Dios mío! No les ayudes más a los falsarios...!
mejor ayuda a los comunistas. Dale una manita, que
[tomen el poder
y se acaba tanto audaz guerrillero de mentira...

Pero yo te decía que estás muerto. Bien muerto y ni el mejor poema del mejor
literato o poeta genial o muchacho de pelo en pecho, te revive.
Bien decía mi abuela con sus grandes palabras que nadie conoció:
"Te jodiste, ya estás en el hoyo, a siete cuartas de silencio
o en cenizas; muerto, ni Marx te salva..."

Mi vieja, como Marx, sabía sus cuestiones y los dos me enseñaron a vivir.
Así es que estás bien muerto Ernesto Che Guevara, estás bien muerto,
muertecito, y no es tu espíritu ni tu enorme coraza de hombre puro
quienes te salvan

ni los homenajes que te hacen, ni con la negación de los hijos de puta,
ni con la admiración que te tenemos

¡Nada te salva ya!

El hombre estuvo condenado desde que vio la vida.
Y sigue condenado desde que vio la muerte.

Lo salva su vivir.
La muerte lo salva.

¿Sabés qué Marx en boca de mi abuela lo decía?
Los dos se las traían Ernesto, te lo juro, se las traían
y de alguna manera soy un producto de ellos y de madre y de Lenin
que no hallaban que hacer con los revolucionarios domésticos

¡Ah! Y te voy a decir Ernesto Che Guevara,
a mí
me van a dar en el tomate o en la madre
como decimos los ausentes aquí en El Salvador

Sobre todo porque te estoy diciendo que estás muerto y lo se y lo sabes
y no pongo de ejemplo tu heroísmo ni lo canto con los aires marciales
que le gustan a la gente

o con ritmos externos de una marcha triunfal
o porque al realismo socialista me lo paso... llevando.

Tu, Ernesto, no eres expresión de nadie
sino de tu circunstancia. Tú no te justificas
pero te quiero y jamás en mi vida te voy a ver peleando
ni me verás. Yo no me justifico.
Las individualidades no se toparon, ni se topan, se dan.
Los demás no saben donde andamos metidos...

Nadie puede ser expresión de ti, ni continuarte.

Otro vendrá, otros, es cierto
y habrá guerrillas y habrá revolución.

Pero a los gulliveres que les gusta el poder siempre nos van a dar dolores
[de cabeza...

Nos darán como sitio las estatuas, los lugares más grandes de los textos
de historia

y ni a tí y ni a mí, eso nos gusta.

Pero ya nos veremos en el mármol, fríos, llenos de pajaritos y cagadas.

JOSE ROBERTO CEA

“... Aparece en la *Epoca Terciaria*, y es contemporáneo del *Orehippus*, caballito de unos treinta centímetros de altura que se perdía entre los helechos gigantes. También del *Gliptodonte*, de unos cuatro metros de alzada, de sangre caliente, precursor glorioso de nuestro armadillo.

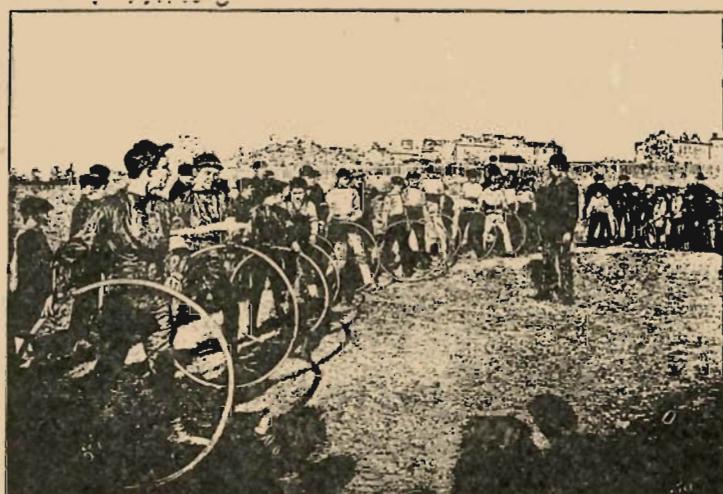
El Baluchiterio, gigantesco animal del tamaño de una casa de siete pisos, antecesor corajudo del Rinoceronte, y con una máquina estomacal tan fabulosa, que vivía condenado a comer indefinidamente, hasta que moría de cansancio...” *Puso el libro de pasta roja sobre la mesita de noche, e inconscientemente alargó la mano y apagó la luz de la lámpara.* Por la ventana semiabierta se colaba un aire húmedo, que inundó la pequeña habitación. Aire putrefacto, mensajero de vegetales en descomposición, de insectos fantasmagóricos y mariposas colosales. *El hombre se dio vuelta en el*

lecho, buscando una posición más cómoda y siguió durmiendo profundamente. Inexplicablemente, empezaron a desaparecer los objetos más cercanos a la cama, mientras el aire se volvía glacial y un rumor como de ramas quebradas se escuchaba indistintamente. Se esfumó el techo y aparecieron las estrellas enormes y luminosas. *Se dio vuelta el hombre; esta vez en sentido contrario, pero su rostro y sus manos habían cambiado y su respiración era grotesca.* Desaparecieron una a una las flores del patio, el sillón, antiguo, el reloj de pared. El ruido biológico de plantas en crecimiento, *casi lo despierta.*

Abrió los ojos y de un salto se puso en pie con la maza de piedra, listo para la defensa. Pero no había peligro, pues era un baluchiterio que hacía ratos desgajaba los árboles, mientras él dormía.

EL BALUCHITERIO

José María Cuéllar



LA PAJARA PINTA

RESPONSABLES:

José Roberto Cea
José María Cuéllar
José Roberto Monterroza hijo
Alfonso Quijada Urías

Publicación de Editorial Universitaria
Costado Nor-Oriente de la Facultad de Odontología,
Ciudad Universitaria.

San Salvador, El Salvador, C. A.
Teléfono Dirección: 25-6604.
Ventas, Suscripciones y Anuncios: 25-6903.

José María Cuéllar

FUNERAL

En el año dos mil cincuenta, el mundo asistía a uno de los funerales más extraños de la época.

Tres décadas en el pasado, los periódicos y las cintas habían anunciado este infausto suceso. Las personas que en una u otra forma estaban ligadas en parentesco con la moribunda, eran tratadas con especial interés.

Esta criatura tenía 1595 años de vida y había empezado a morir desde el momento en que vino al mundo.

En los carteles desplegados para la atracción del turismo, se destacaban sus grandes cualidades románticas y su fidelidad hacia los hombres que la amaron.

Desde su nacimiento, su hermoso cuerpo estuvo plagado de canales voluptuosos que despertaban el amor de los soñadores. Miles de poetas cantaron su belleza.

En el año de mil novecientos cincuenta de la era atómi-

ca —decía la historia— varios científicos diagnosticaron su enfermedad, pero se encontraron imposibilitados de curarla. Muere —seguida diciendo— a razón de tres centímetros por década, y su enfermedad que no es contagiosa en manera alguna, es debida a una excesiva cantidad de sal que le va corroyendo poco a poco las entrañas.

Pero en los últimos años de esta era —ya decrepita y enferma— fue abandonada a su suerte, por lo que muchos sabios aseguran que su fin se precipitó y que su muerte se debió más que todo, a la soledad.

Y así, los hombres del siglo XXI, asistieron al ocaso de la Serenísima. Su nombre, de todos conocido a través del tiempo, es singularmente hermoso. Quede, pues, testimonio de VENECIA, bellísima ciudad erigida en el año 459 de la era cristiana...

Me presentaron al Ldo. Reinaldo en casa de la señorita de Eguilaz. Su rostro era redondo, fresco e imberbe. Un rostro feamente hermoso. Un rostro desnudo, que daba una sensación de desnudez. García de barba y de bigote, carecía de algo más que viste los rostros de los hombres. Y la sensación de desnudez, por extensión, se trasladaba al cuerpo que mentalmente desvestía al espectador.

La señorita Ema de Eguilaz fue la presentante. Nos sentamos los tres en la pequeña sala. La blanca paloma, la blanca señorita de Eguilaz quedó frente al Ldo. Reinaldo, que la fascinaba con sus grandes ojos llenos de sensualidad, acariciantes como una suave tela de raso claro. He dicho la blanca paloma, la señorita de Eguilaz; y tengo que advertir que mi angustiada hermana Quina siempre la llamaba así. Mi hermana era una pobre muchacha, que participaba de mi extraña visión y veía a todos los hombres con rostros y cuerpos de animales. El señor cura parroquial le había prohibido hablar de estas visiones; pero a pesar de ello, como sucede siempre, algo

hoyita de Eguilaz, su blanca protectora, y el omnipotente amor de él la ofreció levanta la prohibición. La blanca señorita Ema ejercía sobre la pobre muchacha una sedante y benéfica influencia, que calmaba sus desarreglos nerviosos. Intercedió la señorita Ema con el señor cura y hubo un arreglo. Irian protectora y protegida a oír la misa de primera hora. La señorita Eguilaz se comprometía a no separarse de la visionaria y a hacerla retirarse del templo en el caso de una lamentable recaída. Además, se vedaba a mi hermana el concurrir a las ceremonias religiosas de gran gala, pues la concurrencia podía excitaria peligrosamente y esto redundaba en descrédito de nuestra santa religión, en los ámbitos de la gente sencilla.

Por fortuna no volvió a repetirse ninguna visión escandalosa desde que la señorita de Eguilaz fue la piadosa compañera de la enferma. Afirmaba ésta que ya no tenía miedo porque iba con una paloma.

Por otra parte, a la primera misa no iban animadas feroces. A lo más iban guardianas. Eran éstas, en la especial no-

de pila o uno de esos gordos angelones decorativos. Pero también me recordaba otra cosa. ¡Ah, sí! Me recordaba la serpiente con rostro humano que en la procesión anual de Semana Santa recorría el pueblo, edificando a los fieles, humillada bajo los pies de San Miguel, vencedor del demonio; o la que estaba bajo los pies de la bella madre virgen, que quebrantaría la cabeza de la serpiente, cumpliendo la predicción mosaica. Y era que el escultor del pueblo, a pesar de su poco estudio, con íntima posesión de artista comprendió que la cabeza humana de la serpiente fascinadora tenía que ser imberbe. Además, la había hecho grotesca. Era desnuda y grotesca y por eso me recordaba al Licenciado Reinaldo. Viendo a éste comprendí

turno, ocupábamos el tiempo de nuestra consoladora y cuando la casualidad nos reunía a dos en el mismo instante, nos dirigíamos celosas miradas de envidia. Pero los preferidos éramos mi hermana, yo y una pobre chica delgaducha e histérica, que tenía el don de lágrimas de no saber capturar las simpatías de ninguno. Nosotros, al hablar de la señorita de Eguilaz, la llamábamos con tembloroso respeto la consoladora; y un bachiller poeta que fue a pasar las vacaciones a Santa Rosa — así se llamaba la pequeña población — y a quien la señorita Ema enseñó a querernos, la nombró Nuestra Señora de los locos.

Yo amaba a la blanca señorita de Eguilaz con respetuoso amor de protegido y a pesar de ello no sentí odio

galanteadores, que me pregunté si su franqueza era inverecundia o ingenuidad. Eran ambas cosas, asociadas a un sentimiento primordial; la constante necesidad de hablar de la mujer cuando no la tenía presente.

De su conversación deduje que aquel hombre sensual era prudente, cauto y fríamente previsivo como la serpiente. Y a pesar de su cínica e ingenua exposición de principios, yo no podía sentir repugnancia viva, porque su ancho rostro desnudo y sus suaves y sensuales miradas me atraían. Me parecía nada más un inverecundo sujeto, magníficamente dotado para vivir en este mundo y que era un buen camarada. De pronto comprendí que mi repugnancia no llegaba al máximo que, en mi en-

aquez lamentable cuerpo físico ni aquel inerme cuerpo mental, sugestionados por la clara mirada de los claros ojos de mi victorioso enemigo. Y otra mente más sutil, desdoblada de la mente que obedecía al Licenciado Reinaldo, empezó a trabajar; y así, durante la larga conversación, se tejieron dos paralelos procesos de conciencia en mi espíritu.

La mente más sutil, veía accionar al Licenciado Reinaldo y analizaba, con finísima observación, su rostro, su actitud y sus palabras; los espequeles e inconvinientes movimientos que le daban el triunfo. El Licenciado hablaba con voz meliflua y siempre del mismo tono, nunca alzado, ni aun cuando más energética era su voluntad de acallar a su interlocutor y ser oído; el Licenciado hablaba

ya no pude ver al Licenciado sino como una gran serpiente, como una boa constritor. Y entonces el espanto se apoderó de mí. Porque me había acordado que el Doctor hacía una sola comida al día; porque me fascinaba su horrible rostro desnudo.

Y mi extraña visión se prolongó, perfectamente armónica, con toda la unidad de una creación de arte. Porque me acordé de que mi hermana me veía con la forma de un largo y delgado pájaro acuático, y de que ambos seámos la señorita de Eguilaz como una blanca paloma. La señorita Ema y yo éramos dos aves pequeñas cuidadas en la red de fascinación de una serpiente. Y entonces, inmediatamente, recordé una tercera víctima más. Recordé al alter ego del Licenciado, un hermoso tipo de animal hombre, triángulo, triángulo y de negros y bellísimos ojos, como un moro. Este alter ego desempeñaba en la vida del Doctor un subordinado pero importante papel; vivían juntos el señor de Arrieta y su factotum, y el triángulo moro era para su amo el más útil de los servidores: secretario, confidente, mandadero,

dijo que concebía un medio para curarme. Bastaba que fuese a pasar breves días a una posesión suya, cercana, donde había unos baños medicinales y donde debía seguir el tratamiento que él me indicaría. El Licenciado decía todo esto sin levantar la voz, sin insistir; pero apenas oí sus palabras tuve la firme convicción de que me indicaban el único camino salvador que curaría mi extraña dolencia. Con aquella misma aparente facilidad el Licenciado convenía a todos los que visitaban su acreditado bufete, en demanda de auxilio profesional. Cuando él defendía sus causas ante los tribunales de la pequeña ciudad, por alta que levantarán la voz sus impugnadores, llegaba un instante en que el juez en ejercicio decía invariablemente: —"Sepamos lo que dice el Licenciado Reinaldo", — "Oígamos lo que tiene que alegar el Licenciado Reinaldo en favor de su cliente". Todas las miradas entonces se volvían al Licenciado, que hasta ese instante había emudecido, y se escuchaban en silencio sus cortas allocuciones, que generalmente inclinaban al platio

había trascendido al público. Yo, su hermano, era acaso el que menos sabía del asunto; de común acuerdo evitábamos hablar de ello, porque nos dañaba a los dos. Pero conceña el hecho sin detalles; mi hermana, cuando iba la iglesia, veía a todos los concurrentes con figuras de animales. Lanzaba a veces torríficos gritos; era que se había arrojado a su lado un tigre. Y entonces ánimas piadosas la sacaban del templo convulsa. Pero otras veces los veía en suaves, bellas formas de animales domésticos. El señor cura parroco tenía el rostro de un ternero; le daba deseo de acariciar su ancho cuello y le gustaba verse en su ojos mansos. Cuando en las procesiones religiosas agitaba la campanilla, mi hermana gritaba alborozada: "¡Cómo suena de alegre la esquila!"

Mi pobre hermana era una infeliz criatura. Era jorobada; su barbilla y su pequeña nariz casi se unían. De veras que semejaba un esbozo de ser humano; un ensayo animal de ser hombre, casi fracasado. Acaso por esta su primitividad y sencillez, tenía el don de ver las formas animales de los hombres. ¡Pero que amana era mi hermana! Los sabios del pueblo la declararon loca, los labriegos sentían por ella un respetuoso temor y la querían y la reverenciaban. Vivíamos solos mi hermana y yo, nos amábamos mucho y en breve me contagié de su locura o me hice partícipe de su clarividencia: como queráis. Entonces en el pueblo nos llamaron los hermanos locos.

Durante algún tiempo mi hermana no pudo ir a la iglesia. El señor cura no estaba resuelto de que, en sus relaciones con ella, lo tratara como a un ternero, con descuidado cariño, exento de todo respeto; pero por defender el sagrado recinto del templo de todo sentimiento ajeno al de una veneración profunda, le prohibió que entrara en la iglesia. Mi hermana se quejó ante la se-

menclatura de mi hermana, honrados labriegos de narices alargadas y miradas sagaces. Cuando la señorita de Eguilaz nos habló de ello, porque nos dañaba a los dos. Pero conceña el hecho sin detalles; mi hermana, cuando iba la iglesia, veía a todos los concurrentes con figuras de animales. Lanzaba a veces torríficos gritos; era que se había arrojado a su lado un tigre. Y entonces ánimas piadosas la sacaban del templo convulsa. Pero otras veces los veía en suaves, bellas formas de animales domésticos. El señor cura parroco tenía el rostro de un ternero; le daba deseo de acariciar su ancho cuello y le gustaba verse en su ojos mansos. Cuando en las procesiones religiosas agitaba la campanilla, mi hermana gritaba alborozada: "¡Cómo suena de alegre la esquila!"

Enfrente de la blanca señorita de Eguilaz y del gordo mozo que me acababan de presentar con todos los respetables ritos sociales, comprendí que mi hermana tenía razón, no obstante el dictamen del médico del lugar. La blanca señorita de Eguilaz era una bellísima paloma. Blanca, blanca, blanca. Toda parte de su cuerpo era nórdica. Baja, blanca, blanca, blanca, toda ella estaba vestida de plumas blancas. Y había nacido para el amor conyugal. Todo en ella aromaba de castidad sensual. Era arrulladora y arrullante. Tan casta, tan casta; y tan amorosa, tan amorosa.

El Licenciado, Reinaldo, era un hombre hermosamente feo. Llamaban la atención en él dos gordinas; aquella atroz redondez del rostro y aquella temerosa redondez del vientre. Después, todo su cuerpo era flácido, rugoso y desnudo. Sólo su cabeza estaba vestida de un lacio y abundante cabello negro. ¿Me recordaba aquella cara? ¡Ah, sí! Me recordaba un viejo mascarón

que lo grotesco puede ser hermoso. Porque el Licenciado Reinaldo era seductor. Tenía la seducción de su ancho rostro desnudo; tenía la seducción de sus dos grandes y rasgados ojos claros. Nunca he visto otros ojos tan sensuales, tan acariciadores e hipnotizos.

Yo comprendí en el acto que el Licenciado Reinaldo debía de ser uno de esos hombres que viven para las mujeres. De esos hombres que en todo instante piensan en la mujer, respiran a la mujer, trabajan para la mujer. De esos hombres que en todo silo y a toda hora buscan con sus ojos acariciadores y sedosos a la mujer, y si no la ven, la evocan en erótico arrobamiento o hablan de ella a los amigos, intercambiando entre sus palabras en prosa, versos de los grandes poetas que amanar mucho.

Yo amaba a la señorita Ema con el mismo respetuoso amor que mi hermana. Como yo, otros muchos desgraciados nos agrupábamos en torno de la blanca y hermosa señorita Ema. Salimos juntos a la calle. Extrañamente atraído por mi acompañante, hubo de marchar a su lado hasta dejarlo a la puerta de su suntuosa morada. El Licenciado, amable conservador, me miraba fijamente con sus grandes ojos acariciadores; y había tanta seguridad en su mirada, que no me asombré mucho cuando empezó a contarme una larga serie de aventuras amorosas, en que él figuraba como el feliz protagonista. En sus historias aparecía hasta un punto tal como el más vulgar de los

contra el Licenciado Reinaldo cuando me convencí, a los pocos instantes de conocerlo, de que estaba galanteando a nuestra consoladora. Distinta actitud, tomamos los protegidos de la señorita Ema ante sus dos enamorados. Cuando a mi el bachiller, todos excepto yo, quisieron al rubio doncel, que recibí una paternal negativa de nuestra protectora. Ante el inmisericordioso asedio, que pronto empezó el Licenciado Reinaldo, hubo una coalición de locos. Todos los locos de la señorita de Eguilaz se unieron para preservar a ésta del gordo doctor. Anita López, que padecía ataques históricos, decidió su muerte y se preparó tranquilamente a suprimirlo de este mundo de los vivos. Pero yo, desde el primer instante, sentí la sugestión del Licenciado y empecé a girar en torno suyo. Cuando se levantó para marcharse, como movió por interior resorte, yo, aunque hacía poco que había llegado, me levanté también, y me despedí de la señorita Ema. Salimos juntos a la calle.

Extrañamente atraído por mi acompañante, hubo de marchar a su lado hasta dejarlo a la puerta de su suntuosa morada. El Licenciado, amable conservador, me miraba fijamente con sus grandes ojos acariciadores; y había tanta seguridad en su mirada, que no me asombré mucho cuando empezó a contarme una larga serie de aventuras amorosas, en que él figuraba como el feliz protagonista. En sus historias aparecía hasta un punto tal como el más vulgar de los

fermiza susceptibilidad, me inspiran los hombres malos, porque el Licenciado Reinaldo tenía la pureza de la serpiente. Era sinceramente voluptuoso. Ya a la puerta de su lujosa habitación, el Licenciado Reinaldo me invitó a entrar con tanta insistencia, que cedí a sus instancias. Parecía querer atraerme y lentamente en mi espíritu fue naciendo la necesidad de responder a la oscura sollicitación. Colaboré, así, involuntariamente, con su intento, hasta que éste se vio cumplido y entonces hablé largamente de la señorita de Eguilaz, finalidad a la que mi interlocutor había querido conducirme.

Comprendí que penetrar en el santuario de la vida íntima de la señorita Ema, era cometer una profanación, y a pesar de ello respondí a las artistas preguntas del Licenciado. Respondí, vacilante, lentamente; pero respondía al fin, solicitado por una voluntad más fuerte que mi voluntad. Y como en el mismo instante de ceder tenía conciencia de la victoria obtenida sobre mi alma el horror y el dolor que esto me inspiraba empezaron a desdoblarse mi personalidad, como a menudo me sucede. Principié a no identificarme con el pensador que había en mí y al que con tanta facilidad obligaba a responder el Licenciado Reinaldo. Me identificaba con algo más alto, más libre y más fuerte que aquel pobre ser enfermizo y de débil voluntad que estaba en el Doctor; me identificaba con algo que no era

con todo su rostro en completo reposo, y apenas se veía moverse sus labios delgadísimo; el Licenciado tenía esa fuerza, esa serenidad de su boca y como el don de saber esperar. Jamás interrumpía mis, a veces, largas y febriles explicaciones. Pero era tal la sugestión de aquel reposo, que apenas por un suave y sereno movimiento de sus labios yo comprendí que quería hablar, callaba inmediatamente y prestaba atención, no empecé a la importancia del pensamiento que ya palpaba en mis labios.

El Licenciado tenía la seguridad de ser escuchado en el instante en que deseaba hacerse oír. Y sobre todo esto, constantemente inmovil, sus dos ojos luminosos de oro miraban con prolongada fijez. Y mi extraña personalidad nueva, de pronto, llegó a la conclusión de que en el Licenciado Reinaldo se ocultaba un intenso poder mágico; que de en aquel cuerpo inmóvil había poderosos acumuladores de energía como a veces los hay en ciertos seres orgánicos: los gimnotos, las serpientes. ¡Ah! ¡Sí! ¡Las serpientes! El Licenciado tenía el mismo poder fascinador de la serpiente. Era como una gruesa, enorme serpiente. Y esta gruesa serpiente evocada pronto se fijó en el tipo de una boa constritor. Y entonces, con la facilidad de ciertas asociaciones, en mentes vivas hasta el desarreglo, empecé con arte literario a caracterizar mi visión. La caractericé también, que mi enfermizo cerebro fue víctima de mi propia fantasía y yo vi,

todo en una pieza: una prolongación de la personalidad del Doctor en leyes. Era el secretario un varonil espécimen del hombre físicamente bien dotado, y por curioso contraste con su debilidad de carácter afirmaba a cada instante su personalidad espiritual con ingenuos palibrotas fuertes, llamando a los demás niños y ofreciendo continuamente a su joven y bella esposa corcoriga con un fornido bastón, amenza nunca cumplida, y apenas se veía moverse sus labios delgadísimo; el Licenciado tenía esa fuerza, esa serenidad de su boca y como el don de saber esperar. Jamás interrumpía mis, a veces, largas y febriles explicaciones. Pero era tal la sugestión de aquel reposo, que apenas por un suave y sereno movimiento de sus labios yo comprendí que quería hablar, callaba inmediatamente y prestaba atención, no empecé a la importancia del pensamiento que ya palpaba en mis labios.

El Licenciado tenía la seguridad de ser escuchado en el instante en que deseaba hacerse oír. Y sobre todo esto, constantemente inmovil, sus dos ojos luminosos de oro miraban con prolongada fijez. Y mi extraña personalidad nueva, de pronto, llegó a la conclusión de que en el Licenciado Reinaldo se ocultaba un intenso poder mágico; que de en aquel cuerpo inmóvil había poderosos acumuladores de energía como a veces los hay en ciertos seres orgánicos: los gimnotos, las serpientes. ¡Ah! ¡Sí! ¡Las serpientes! El Licenciado tenía el mismo poder fascinador de la serpiente. Era como una gruesa, enorme serpiente. Y esta gruesa serpiente evocada pronto se fijó en el tipo de una boa constritor. Y entonces, con la facilidad de ciertas asociaciones, en mentes vivas hasta el desarreglo, empecé con arte literario a caracterizar mi visión. La caractericé también, que mi enfermizo cerebro fue víctima de mi propia fantasía y yo vi,

de la balanza en que caían. Los miembros sustitutas de la causa contraria se iban con la penosa sensación de haber perdido sin saber porque, sensación aún más dolorosa que la de ver menoscabados sus intereses materiales. Los labriegos parecían sentir una fuerza cohibitiva que los hacía alejarse del hábil defensor. Siempre que éste alcanzaba un triunfo jurídico, con su sano instinto de los campos, yo sentí que se había generado un poder que no podía ser perdurable; que era ejercido en el tiempo. Porque los labriegos de la pequeña ciudad agrícola, hasta en sus mínimos intereses, vivían en la eternidad.

El Licenciado Reinaldo me convenció de que debía ir a tomar los baños de su posesión. Le agradecí su generosa oferta y únicamente le pedí un plazo para aceptarla. No me permitieron que me alejarme entonces de nuestra consoladora. El Licenciado no insistió. Era éste uno de los hilos que debían atarme y no me importaba que se rompiera, porque había sabido crear otros muchos que me vinculaban a él. Y así me despedí confuso y vagamente autorizado, pero sin romper ninguna de las dos influencias que en esos días tiraban de mi alma. La de la blanca señorita Ema y la de mi nuevo y temeroso protector.

Advertí en mis cotidianas visitas a la señorita Ema que ésta escuchaba con interés todo lo que se refería al Licenciado. No había perdido la blanca virgen nada de su seriedad, al menos en la apariencia, y yo tenía tal costumbre de confidenciarle todas las confusas y secretas penas de mi vida, que hablamos



de los locos

a menudo de mis relaciones con su ya declarado pretendiente. Ella jamás en sus palabras se refirió a él; pero oía con vivísimo interés mi atormentada charla. Y si al tener entre labios otros tópicos, me veían siempre sus candorosos ojos, cuando hablábamos del señor Arrieta, su blanco rostro se inclinaba y prestaba atención sin interrumpirme. Yo, en este tiempo buscaba la respuesta de una pregunta, ya sin fortuna contestada por esa agudísima percepción que con frecuencia tienen los que padecen enfermedades de la mente. ¿Pretendía el Licenciado Reinaldo con seriedad a la señorita de Eguilaz? ¿Lo aceptaría ésta

el negro vestido de gala del Licenciado Reinaldo, qué orífices escogían perlas y zafiros para las joyas de la desposada?...

He aquí cómo supe la noticia. Un día, al caminar hacia la casa de la señorita de Eguilaz para hacer mi diaria visita, un susurro me llamó a una tienda vecina. Al entrar en ella me encontré una agitada reunión de personas, y, a su voces, supe que el próximo día se casaban el Licenciado Reinaldo y mi protectora. Los que febrilmente me lo protectora. Los que febrilmente me lo eran los locos de la señorita de Eguilaz; eran todos los locos de la señorita Egui-

que parece que me esperaban, ¿no?

Ninguno se atrevió a hablar. Y entonces el Licenciado, sacando tranquilamente su reloj, dijo con voz que por primera vez oía yo alta en sus labios, con voz clara, que llegó a todos nosotros, en tono de regaño:

—¿Y bien? ¿qué hacéis allí en pie? Son las doce y media en punto. Hace media hora que *la comida está servida en vuestras casas. Y ya debe estar fría.*

—¡Ya debe estar fría! clamaron togiéndose velozmente a sus casas. La más con precipitación de la tienda y diriliger a partir fue Anita López.

El Licenciado Reinaldo los vio irse

Oí un ahogado rumor de sobresalto y luego la voz de mi protectora, trémula como no la había oído nunca:

—Un momento, Reinaldo, un momento.

El Licenciado retrocedió con visible disgusto, hacia la sala, y aún no había llegado a la puerta de ésta, cuando salió la señorita Ema en *traje de desposada*. A la puerta asomaban los sonrientes rostros de amigas suyas, camareras improvisadas.

El rostro de la señorita de Eguilaz estaba cubierto por un vivo rubor; pero su voz era dulcísima cuando murmuró:

—Ya ves, Reinaldo: me probaban mi

LOCOS LOCOS LOCOS

por esposo? Las leves observaciones que hasta entonces me habían hecho tener una casi evidencia de que ambas preguntas era necesario contestar con un sí por toda la eternidad, pronto se vieron confirmadas. Ya me fue imposible apelar, de mis vagas presunciones, a los hechos reales, porque los hechos reales tuvieron su sentencia sin apelación. Cuando vi al Licenciado y a la señorita de Eguilaz, juntos en esos terribles silencios que preceden a los grandes acontecimientos de la vida; cuando observé que el Licenciado ya no tenía sus habituales y discretas bromas y que la señorita de Eguilaz callaba por más tiempo, una muda angustia se apoderó de mí. Pero los días siguieron, los silencios de los extraños amantes se prolongaron —mientras yo con las mismas prerrogativas que el falderillo preferido asistía a las confidencias de los novios, confinado en un rincón de la sala—, y al fin a mi espíritu volvió un poco de calma. El temido acontecimiento no podía tener aceptación en mi mente. Ante él todo mi yo se revelaba, y concluí por negarlo. Así he negado siempre la muerte de mi madre. Hay cosas en la vida cuya absoluta evidencia nos mataría como un rayo. Si yo creyera en la muerte de mi madre, si yo *tuviese absoluta conciencia de que mi madre ha muerto, no obstante que la vi enterrar*, no existiría yo mismo ya. Pero por fortuna todas esas cosas malas sólo existen engañosamente, y los pobres hombres, aunque creen estar convencidos de ellas, *saben que no son ciertas*. El mal sólo existe como vana apariencia y esta insospechada sabiduría de los hombres, es la que les permite subsistir. Hay un secreto de todo el mundo que todos sabemos y que ninguno cree saber y ninguno confiesa en alta voz, porque no hay en el idioma palabras para expresarlo. Y ese secreto es el gran secreto de Dios; el secreto del eterno ser que existe en nosotros. Yo así negaba toda posible unión íntima entre la señorita de Eguilaz y el Licenciado Reinaldo o la transferencia a un futuro tan lejano como mi propia muerte, que está tan distante que me permite subsistir. Así, cuando supe que se casaban, que se unían por lazos ceteros, *al día siguiente*, la blanca paloma y el torvo reptil, sentí como si en mi cerebro se hiciese la noche. ¿Qué abrumadora sucesión de hechos se habría verificado para que pudiera ser cierto tan monstruoso acontecimiento? Mientras el Licenciado Reinaldo y la señorita Ema tejían su silencio en la pequeña sala, ante los mudos testigos del falderillo y de mi propia exigua personalidad, ¿qué blancas manos de hilanderas componían los vestidos de novia, qué sastres agitados cosían

laz, reunidos en un complot. Todos los locos, todos, a los que se les había prohibido entrar en la casa de su protectora. El gordo administrador del Gran Hotel, constituido a la puerta, les había cerrado el paso, diciéndoles que la señorita se había marchado a la vecina aldea. Mas ellos sabían que no era cierto. Ah, pero...

Los locos callaron. Anita López se adelantó algunos pasos y ya en el medio de la reunión inclinó su rostro lívido con ademán de férrea voluntad. Y entonces afirmó que *aquello* no se llevaría a cabo; que ella sabía la manera de impedirlo.

De vez en cuando alguno de los protegidos se llegaba a la puerta y asomaba su cabeza a la calle. Comprendí que esperaban al causante de su agitación, al Licenciado Reinaldo. Y yo mismo me sentí contagiado de su cólera, invadido de una terrible indignación que llegaba a sus últimos límites. No; aquello no podía ser: era preciso evitarlo. Era preciso golpear, alejar al asqueroso reptil que osaba acercarse a nuestra blanca protectora. Me sentí empujando con furia mi bastón y me extrañó mi inquebrantable voluntad de oponer la violencia al Licenciado Reinaldo, pues siempre he sido un ser pusilánime hasta el extremo, y además, mis sólidas creencias religiosas rechazaban todo acto de acometividad. Pero era tal el amor a nuestra protectora, que no fui dueño de dominar mi cólera indignada.

Apenas concebí el intento de esperar yo también al Licenciado y ensañarme en él, una vaga atracción me hizo aproximarme a Anita López. Sentí que ésta tenía idéntico propósito de agredir al Doctor. Sentí que ocultaba un puñal en el seno. Y, al comprenderlo, mi innata honradez se sublevó y me preparé a convencerla de que no hiciese uso de su arma. Empecé a hablarla y ya los locos se aproximaban a oír nuestra conversación, pues en el febril estado en que se hallaban todo los hacía vibrar, cuando don Panchito, pobre monomaniaco, protegido de la señorita de Eguilaz, balbuceó trémulo —“allí viene el Licenciado”. Y aún sonaba su voz, cuando vimos a nuestro enemigo en la acera, frente a nosotros, y viéndonos a su vez con fijeza. El gordo mocetón erguía su alta estatura, echaba hacia atrás su enorme, desnudo rostro, bello, con extraña belleza, imperativo y orgulloso. Penetró luego con paso seguro en la tienda, viéndonos siempre con una sola mirada que nos abarcaba a todos, pero que en particular se detenía sobre Anita López.

—¿Y bien, qué es esto? ¿Qué fantochada están representando aquí? Por-

con una sonrisa en los labios delgados y se dirigió a mí, que era el único que había quedado en la agitada reunión. Me saludó cariñosamente.

—¿Qué tal, querido amigo Friend? ¿Quiere acompañarme a casa de la señorita Ema?

Le agradecí que, en vísperas de casarse, aún la llamase la “Señorita Ema”. Ante su amabilidad, toda mi hostil disposición de ánimo desapareció. Caminé silenciosamente, a su lado, los pocos pasos que nos separaban de la morada de mi protectora.

Desde que traspasamos la puerta de calle, pude observar que todo en la casa, en la amada casa de la señorita, se preparaba para la festividad del día siguiente. Inúmeros artistas la decoraban de blanco. En los anchos corredores había largas mesas enmanteladas y la riquísima cristalería de la casa de Eguilaz empezaba a descender de los anaqueles. En la pequeña ciudad era imposible que se verificase una boda sin su correspondiente fiesta.

Se inclinó ante nosotros, con imperceptible sonrisa, el gordo propietario del Gran Hotel, el mismo que cerró el paso a mis compañeros de infortunio, y atravesamos los corredores entre diligentes criados que se apartaban en silencio. Al llegar a la puerta de la sala yo me detuve con respeto, y vi aterrizado, que mi acompañante *continuaba andando, en dirección a la alcoba de la señorita Ema*. Ya tenía derecho para ello. A la mañana siguiente podía llamarse su dueño: pero yo comprendía con claridad que estaba faltando a una ley de orden superior al social, que lo debió detener en la sala hasta el último momento. Y en una iluminada anticipación comprendí, también claramente, que el hombre que así marchaba con paso decidido y silencioso, estaba labrando un abismo entre él y la señorita de Eguilaz.

Se detuvo ante la puerta de la alcoba, dos los oyentes del Licenciado saliendo entornada, y llamó quedamente: Ema.

vestido de boda. ¿Te parece bien?

El Licenciado Reinaldo balbuceó una galantería de rigor y todos tres entramos a la sala.

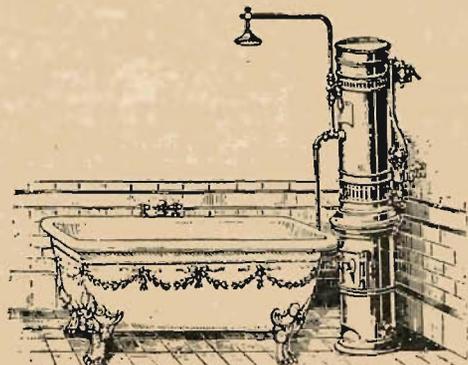
La blanca señorita de Eguilaz se dejó caer en un sofá, sin ningún cuidado porque chafaba su albo vestido de azucena. Sólo yo supe que en aquel instante *se estaba muriendo de angustia*, pues con el hábito adquirido de ocultar su dolor, para darse toda entera a sus locos, sonrió a su futuro esposo.

—Siéntate, Reinaldo.

Yo, en un extremo de la habitación, con la pueril vanidad de los locos, esperaba que la señorita de Eguilaz se disculpase ante mí. Ya no pensaba en su sacrificio. Había adoptado una actitud huraña y esperaba que me dirigiese palabras de cariño *para hacerse perdonar de mí*. La señorita Ema nos había acostumbreado a sus locos a descansar por completo en ella, mimando en nosotros ese cruel egoísmo de los seres débiles. Como un amante engañado, yo esperaba que se disculpase de su traición: como un niño que ve contraer nuevas nupcias a su madre joven, yo esperaba que se disculpase de su traición. Pero la señorita de Eguilaz parecía no fijarse en mí y entonces salí insolentemente, afectando un aire de dignidad ofendida.

¡Ah! Pero al traspasar el umbral de la puerta de su casa, tuve que apoyarme para no caer y sollocé, sollocé como sólo sollozan los niños y los locos. Lejos ya de toda persona humana abdiqué de mi dignidad de loco y sollocé angustiadamente.

Me dirigí a mi casa. Necesitaba refugiarme en el seno de mi hermana Quina —Quina es un diminutivo cariñoso que le dábamos—. Nos amábamos mi hermana y yo, pero pasábase los días sin que nos dirigiésemos la palabra, porque sen-



tíamos mutua antipatía que nos alejaba; porque teníamos la misma locura y huíamos de la propia imagen de nuestra insensatez al alejarnos el uno del otro. Así los hermanos, procurando nunca estar juntos, suelen huir de sus hereditarias máculas de familia. Huíamos el uno del otro y nos estimábamos profundamente.

Me dijo la sirvienta que mi hermana Quina había ido a refugiarse a nuestra bella posesión en la aldea de San Martín. Mi hermana y yo éramos de esos pequeños ricos de pueblo que viven de sus rentas.

Yo no tuve el valor de seguirla. Mi razón se negaba a aceptar la boda de la señorita Ema. Quería ver; quería rendirme a la evidencia.

Y vi. Y vi a la señorita Ema salir de la Iglesia del brazo del Licenciado Reinaldo, que ya era su esposo ante Dios y ante los Hombres. La religión acababa de unirlos con indisoluble lazo. Los vi salir del brazo, arrancándose a los cuidados de Anita López, que me mimaba cariñosamente, procurando consolarme y consolarse, tratando de llevarme a su casa y probando así que en nuestro común duelo ella era la mujer.

Pocas veces, acaso nunca, he visto en mi vida hombre más hermoso que el Licenciado Reinaldo cuando salió de la Iglesia, del brazo de su cándida esposa. La levita negra iba maravillosamente a su alta estatura; el sombrero de copa alta sentaba maravillosamente a su hermoso, a su grotesco rostro desnudo. No sé qué contraste dignificaba y engrandecía el traje del hombre al vestirlo aquel extraño ser. La pechera de su camisa y su corbata eran del más imaculado blanco de lino que he podido ver nunca.

rafael arévalo martínez

Y entonces me di cuenta de que, a pesar de haber visto siempre al Licenciado Reinaldo como una serpiente, como un *boa constrictor*, nunca me había causado asco ni desprecio, acaso porque la señorita Ema me había enseñado a glorificar toda cosa de la naturaleza, o acaso porque el Licenciado Reinaldo no era para mí más que el diáfano símbolo de la astucia y la prudencia de los hombres, llevadas a la apoteosis, buenas porque eran fuerzas que movían el buen Dios; y bellas y lípidas porque se encontraban en el seno de la naturaleza.

El Licenciado Reinaldo era la eterna serpiente que había seducido a la mujer; la eterna serpiente, de fascinadora frase bíblica, que sabía hacerse oír de la mujer. Una atracción de la tierra haciendo descender algo alado, tal vez para que naciera el hombre sobre el mundo, por una ley que no por desconocida es menos grade. ¿Cómo se multiplicaría el bien sobre la tierra si los senos blancos y puros fueran necesariamente infecundos?

Me retiré sereno, descansando, con el paso elástico que devuelve la salud al manojito de nervios de mi cuerpo cuando toco a la madre sabiduría, como Anteo recobraba la fuerza cuando tocaba a la madre tierra. Ah, pero al llegar a nuestra posesión, cuando estuve encerrado en el cuarto vecino al que encerraba a mi angustiada hermana Quina, fui de nuevo, como ella, el mismo ser condenado a no tener descendencia, que había perdido su único consuelo humano. Gemimos uno al lado del otro, separados por un delgado cancel, acaso el cancel de nuestra propia hermandad.

Nuestra posesión en la aldea de San Martín era un pequeño terreno laborable, en ramos de una familia arrendataria, del que nos habían reservado una bellísima huerta que era al mismo tiempo jardín, con una linda casita ad-

junta, a la que nos refugiábamos cada vez que en la ciudad se apoderaba de nosotros la neurosis. Las legumbres, los árboles frutales y los cientos de rosas de mi hermana Quina, nos aliviaban las almas.

Toda aquella noche la pasé en el huerto y estuve humedecido como la tierra ante la noche. Mi hermana Quina también había estado contemplando las estrellas, pero cuando me vio corrió a ocultarse a su alcoba. Me quedé solo bajo los naranjos, y toda la noche pregunté a los astros qué pecado de soberbia o de sensualidad cometía sobre la tierra para que se me castigara tanto.

Amanecí más enfermo que nunca. Me levanté del rústico baño donde el sueño me venciera y eché a caminar, sin rumbo fijo. Sin rumbo fijo, o tal vez con el rumbo más determinado que nunca, porque marchaba camino de la próxima posesión de la señorita Eguilaz.

Esta quedaba al otro lado del caserío, y atravesé el pueblo dormido. Ya llegaba a sus orillas, donde los primeros fuegos hacían hervir el desayuno matinal en las cosas de los pobres, cuando oí el ruido de un carruaje que se aproximaba. Conocí la carretela de la señorita de Eguilaz y la vi a ella misma conduciéndola, aún con su blanco vestido de boda, al lado de su anciana ama de cría. No venía nadie más. La vi a ella, conduciéndola, con su blanco vestido de boda aún...

El caballo lanzó el relincho amistoso que reservaba para mí. No había duda. Era la señorita de Eguilaz. No había duda. No había duda. ¿Cómo confundirla? El coche se detuvo. Un chiquillo llamó y el arrendatario, presuroso, corrió a tomar las riendas de *Lobo*. Se

apeó rápidamente la señorita de Eguilaz y al verme, al ver que corría a su encuentro, con un trágico volver hacia mí su mano blanca, me detuve en mitad del camino, entré en la casa rústica y cerré violentamente la puerta tras sí, impidiendo el paso a su misma acompañante, contando acaso con la complicidad de ésta para detenerme.

La anciana bajaba penosamente. La ayudé con violencia, más que compasivo, necesitado de que concluyese pronto su tardanza y se explicase. Y me lo explicó todo:

—Váyase, váyase, niño Friend. Se lo suplico por la Santa Madre de Dios. Después lo mandaremos a llamar. No mate a la señorita.

—Pero, ¿qué sucede?

—¿Qué sucede? Que viene huyendo de ese hombre...

—Yo le impediré el paso...

—No. Le suplico que se vaya. Es inútil. Ese hombre no osará venir. Yo se lo aseguro. Ese hombre no volverá a ver nunca a la señorita Ema.

No la volvió a ver nunca. El Licenciado Reinaldo no volvió a hacer oír sobre la tierra su odiosa palabra dulzona a la señorita de Eguilaz. Hace veinte años que no se ven. Hace veinte años que la señorita de Eguilaz vive la vida más pura que conozco, sola con su hijo Salvador, en su posesión de la aldea.

Así fue como la señorita de Eguilaz fue madre. Yo comprendo algo. Yo vagamente comprendo algo. Yo se que no pudo ser de otra manera.

Quezaltenango, 14 de diciembre de 1914.

FLITEANDO, de José María Méndez, recoge una selección de notas periodísticas publicadas en el diario "Patria Nueva", en 1953-54. En los escritos literarios de José María Méndez se encuentra que los gacetas de los escritores de periódicos, se convierten en materia humorística gracias a su espíritu crítico y a su carácter de buen observador.

FLITEANDO ha sido publicado en la colección Contemporáneos de Editorial Universitaria

Treinta y tres poemas contiene el volumen ALIANZA DE MIS MANOS, de Ricardo Bogrand. Libro largamente trabajado; con poemas escritos en distintas épocas y lugares, sobre temas diversos; en ellos, el poeta Ricardo Bogrand ha sabido captar el espíritu de sus instantes creadores con hondo lirismo y limpia expresión poética.

Ricardo Bogrand pertenece a la generación literaria de 1950. Además de la primera edición de su libro ALIANZA DE MIS MANOS, (Editorial Universitaria, 1970), ha publicado: Perfil de la raíz (poesía, 1956) y La Espuma nace sola (Poesía, 1969).

RAFAEL MENDOZA LOS MUERTOS Y OTRAS CONFESIONES

Los poemas se parecen a su modo de andar. Firmes y solitarios. Están llenos de angina de pecho y cubiertos por la soledad de las catedrales. Principio de un largo viaje hacia la incompreensión y las malas palabras. Dura es su voz, pero también el tiempo. Hay frutos sencillos y armoniosos como el maullido del gato. Cuerdas de oro y de bronce; cómas plañideras y puntos doctorales. Murmullo de follaje y diseño de fantasmas. Y la palabra está demasiado flotante, demasiado sostenida por la evaporación de la tarde.

Algunos poemas se comparan a un animal que sale a beber agua; y otros recorren clandestinamente la blancura del papel. Hay muchos tiempos cruzados. Tiempo vertical, horizontal y circular, pero el trazo es firme como el de una casa moderna. Hay paréntesis (cuevilla de hurones) palabras mal puestas como las baldosas de Nanterre.

Oigan esto:

Tú querías ser fraile supongo,
Quizá tuviste abuelos heliotropos
y conseguiste tu barquito
gigoló de corte,
aprovechando el ocio y el ajedrez de don Fernando

Y otro:

Mi dolor es un animalito sufrido y apacible
Me recibe por las tardes con pequeños saltos
desde los libros y retratos.
...cuando los niños del futuro lo nombren
con la misma prestancia que a pinocho,
cuando sus cuadros se subastan en las salas
comunes
y los catagelas nuestros se inspiren
en su minotauro...

¿Qué les parece? Qué no ha corrido agua bajo su molino o qué la luz es tan fuerte que nos ciega. El tiempo es un cañete y no hay que asperarlo si no avanzar sobre él con traje de buzo o milagro de Rikettica. El tiempo jamás da la última palabra porque no existe. Pero sí la madurez, el infatigable trabajo; la soledad interior que muchas veces quema los poemas o los hace saltar con furia. El poema es un virus que muere o se reproduce con igual sencillez. Si lo complicamos se nos hace polvo como los mares primitivos y se cristaliza pero al revés.

Por último esto otro:

LOS MUERTOS

Los muertos son criaturas inmortales
que ofician el silencio en los rincones
más discretos de las casas.
En noches oscuras salen de riguroso frac
a iluminar con sus ojos enormes
el pensamiento de los niños...

En este derrame de teas encendidas el naufragio se consume
sucede que me atraganto con una espina secular
con tus ositos felpas, proposiciones de invadir mi país
con tu tráfico de armas

pero aprovechemos este día sanitario que sabe a frambuesa
eres mi unidad de los contrarios y nos lluvian
te lo digo en el secreto de las piedritas ulcerosas
pon el tesoro Umano en mi superstición

veo lo que no puedes ver

sorbamos del morro

escanciálo para beber o si te gusta melocotón pues melocotón

azucaradita eres saliendo a comprarme que se yo
una librita de arroz un centavo de gas
vale un bledo que esa gente te desolle como un conejito
vienen a ponerme cucharaditas
eres mi azafen quitándome catarros
el falmolox quitándome la amibiasis adquirida en campaña política

apenas me oigo cuando los pasos tocan el musgo
y me preocupa sea el sonido de tu dulzaina
o la ventisca me moje armadura puesta a secar en el tendedero

no poseemos ningún fuego que pueda consumir la hoguera que se quema
[por nos
que se hace afable para salir temprano de esta grasienta obsesión

DA LO MISMO QUE NOS FUSILEN RECORDANDO
LA NIÑA CON LA ESPADA
TAPANDOSE EL MUSLO IZQUIERDO

DIGO NOS FUSILEN LA ROSA CONTRA LOS MUROS
DE LA VACA MAS SAGRADA QUE CONOZCO

AVERIGUANDO PULSANDO AQUI VENGO?

TU VIVIR TIEMBLA
por qué descalza
como niño ajeno a la agonía

Se te escucha en tanteos mensuales
din don din don
acogedor
no es que no quiera oírte
a dónde vamos a parar averiguando?
morir en tu vivir se vive a sorbos



Usted es de cutis muy muy
de atracciones deportivas virtud end week
ojos grandes sus pestañas las protegen del viento
tenga seguridad nalgaditas abundarán
con su exquisita talón de aquiles que provoca síncope cardíacos
o travasones de tránsito hacen eterna primavera
preludio a la tentación sabrosa mea culpa mea máxima culpa
teólogos con sus manzanas para que otros muerdan
te había dicho que me gustan las cabritas
regordetas caricias
y al mirador donde las vacas comen el verde
voy de noche para verte llena de puntos que se apagan y encienden
voy a reirme porque uno se llena de chinches
mariquitas amarillas
escarabajos apretadores de oreja
tijeretas estranguladoras
voy porque me gusta mear conjuntamente con la vaca de parches negros
después le quitan valdes de calma ubres casi pasteurizadas
voy para que me den un huacalito de agua potable con amibiasis
huacalito rezumando actos
lamento recordarles que no se puede vivir con 3.10
ni con sacos de gobios y alfileres reteniéndonos la sorpresa...